

importa que la que nos hizo galar-dón de la vida yazga en sitio igno-rado de la fosa común, acaso a mu-chas leguas de nuestro retiro solita-rio, si encerrados en él, pobres de fortuna, pero ricos de idealidad, po-demos decir en voz queda y llorosa, como la del que evoca una sombra augusta: "Por tí, madre, porque me diste, con la vida, el ansia secreta de lo inefable, porque en tu regazo dormí sueños de paz, fuí digno; por tí, supe de virtud y decoro. No co-metí injusticia ni iniquidad, no hice derramar lágrimas, honré tu nom-bre; he aquí las flores que te traigo!"

Pero no hacemos tal. Creemos cumplir con nuestros muertos en-cendiéndoles lámparas o cirios y en-cargando de su cuidado a manos mercenarias. Y luego, en la soledad de la noche, arrebuados en el co-berdor de nuestro lecho, cerramos los párpados con fuerza, temerosos de los aparecidos. Los seres más amados no son para nosotros sino es-pectros acusadores, cuya presencia nos causaría inmenso pavor. Uno nos pediría su fortuna, conquistada por él con fatiga y derrochada por nosotros en frívolos placeres; otro nos demandaría cuentas de nuestras infamias y bajezas; el más benevo-lente nos interrogaría acerca de su honor y de su prestigio. Y nosotros le diríamos: "¡Vete; ya puse en tu sepulcro coronas, ya te hice sufra-gios, ya salmodié oraciones. Ya tu

fortuna y tu nombre son míos. Vuel-ve a tu sepultura. Los muertos sólo tienen derecho al olvido!"

Nosotros también moriremos. ¿Por qué conturbarnos? Recostados en nuestro cenotafio, tendidos, cara al sol, en el barranco lúgubre o arras-trados al fondo del mar por el pro-yectil atado a los pies rígidos, no ha-remos sino cumplir con la ley inexo-rable de la renovación universal. Sin nosotros, habrá en el universo ar-monías, y aleteos en los boscajes, y risas jocundas sobre las praderas de césped y herrén. Otros hombres go-zarán de nuestras riquezas y darán nuestros nombres a la veneración o al oprobio, y también ellos, en las horas medrosas y apocalípticas, cree-rán sentir nuestros besos sobre sus frentes, o sobre sus pupilas atónitas el peso de nuestra mirada dura y fis-cal. ¿Qué importará entonces que haya o no sobre nuestros restos unas cuantas flores de trapo? Sumergidos en el infinito misterio, habremos in-corporado nuestra labor a la obra de los hombres, o habremos pasado so-bre la tierra como un hálito frío. Y si hemos acertado a vivir, seguire-mos viviendo, porque la vida es ener-gía, y la energía es algo sin princi-pio ni fin, que, en forma más o me-nos tangible, jamás desaparece y nunca se acaba....

Antonio Zozaya.

La policía

Fragmento

Se sabe: pocas cosas hay que se puedan comparar con la policía. Por de pronto su origen está en la natu-raleza; la policía se debe al miedo, y el miedo es cosa tan natural, que poco o mucho no hay quien no ten-ga alguno; y esto sin contar con los que tienen demasiado, que son los más. Todos tenemos miedo: los co-

bardes a todos; los valientes a pa-recer cobardes; en una palabra, el que más hace es el que más lo disi-mula, y esto no lo digo yo precisa-mente: antes que yo lo ha dicho Ércilla en dos versos, por más se-ñas, que si bien pudieran ser me-jores, difícilmente podrían ser más ciertos.